



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9560

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 14 DE SEPTIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Horcas de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Ingertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, les-piches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasiego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y movable.—Embudos automáticos.—Mobilier para jardines.—Carrillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos, plataformas, etc

De venta en el MUSEO COMERCIAL.— Puerta de Murcia.

PIDANSE CATALOGOS Y DIBUJOS.

COLABORACION INEDITA

LA PELOTA DE GOMA.

La abundancia desmedida del dinero; la satisfacción inmediata de todos los gustos, el hartazgo de todos los placeres, habian entregado el espíritu y el cuerpo de Raimundo, de tal manera que no encontrando estímulos ni alicientes en la vida determinó quitársela.

Sentado en uno de los divanes de espléndido hotel lleno de ricos tapices, maravillosos cuadros, y lujosos muebles, sintió nacer en su alma la tentación del suicidio que le brindaba con sus pavorosos misterios y sensaciones desconocidas.

Se dirigió á la mesa de su despacho, colocada frente á un balcón, abrió uno de los cajones, sacó una pistola, la cargó con bala y sin reflexionar ni un solo momento ni tomarse el trabajo de escribir carta

alguna, resuelto á marcharse del mundo sin ceremonias y sin despedirse de nadie, apoyó la boca de la pistola sobre la sien derecha; pero, en el momento en que iba á dar impulso al gatillo y á poner el último punto en la página de su existencia penetró por el balcón una pelota de goma que dando sobre una estatua de mármol fue á rebotar sobre la cabeza de Raimundo.

Al propio tiempo se escucharon en la calle gritos y sollozos y una voz infantil que decía quejumbrosamente: ¡Mi pelota! ¡Mi pelota!

—¡Será esto providencial! pensó Raimundo, conmovido profundamente por la primera vez en su vida, y en tanto que permanecía indeciso de pié, lívido, temblando, y con la pistola en la mano, las voces del chiquillo, disputando con el ayuda de cámara resonaban en la antesala.

—Déjale entrar, dijo Raimundo á su criado.

—Aquí está la pelota.

Apenas habla dicho estas palabras se levantó un tapiz y apareció un rapazuelo hermosísimo, de siete ú ocho años de edad, vestido con modestia que trascendía á los esmeros y cuidados de una madre cariñosa.

El pequeño comprendió por instinto que convenia dar á su fisonomía en aquellos momentos un aircillo humilde y pedigüño que compensara la audacia de haber subido gritando á la casa de aquel gran señor turbándole en sus ocupaciones, y se quedó algo encogido cerca de la puerta, sin atreverse á adelantarse un paso, con la gorrilla en la mano, y velando el fulgor de sus miradas traviesas y llenas de vida con pestañas mogigatas que hipócritamente se entornaban.

—Acércate, no tengas miedo, aquí está la pelota.

El primer impulso del muchacho fue arrojarse sobre la pelota, cojerla con las dos manos apretándola mucho, y echar á correr, sin volver

la cara, temeroso de que le quitasen el juguete; pero se fue aproximando con mucha cautela, como un gatillo receloso que duda si la mano desconocida que le llama va á acariciarle ó á hacerle daño.

—No tengas miedo añadió Raimundo, la pelota no ha roto ningún cristal; al contrario me has hecho con ella un gran favor que voy á pagarte.

Diciendo esto Raimundo sacó un duro y se lo enseñó al muchacho el cual lo miraba con recelo y con ansiedad, sin atreverse á creer que aquel ofrecimiento fuera leal y sincero.

Después de una larga pausa, el niño levantó su mirada hacia Raimundo y adelantando un paso le dijo:

—¿De veras?

—De veras, hombre, toma.

Cogió el niño la pelota y el duro, y ya se disponía á marcharse deseoso de verse libre y con el duro preso en su bolsillo, cuando Raimundo poniéndole una mano sobre la cabeza virosa, le dijo:

—¿Te esperan tus amigos?

—No señor, estaba yo solo en la calle; mamá no quiere que tenga amigos

—Es mucho rigor.

—Dice que son malos.

Y ¿que vas á hacer con el duro?

—Dárselo á mamá para que compre muchas cosas.

—¿Qué hace tu madre?

—Cose, cose mucho.

—Y ¿tu padre?

—Se murió en la Isla de Cuba.

Nosotros vivimos aquí enfrente, en el cuarto tercero, mamá se está acabando de vestir para ir á misa y yo he bajado antes que ella para esperarla.

Diciendo esto, el niño se dirigió al balcón, señalando con el dedo hacia su casa, en donde Raimundo vió asociada á una ventana á una mujer hermosa cuya fisonomía revelaba infinita bondad y dulcísima tristeza.

El muchacho al verla, comenzó á sonreirse gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mamá! ¡Mamaaaa!... Mira, estoy en casa de este señor, me ha dado esto.

Y sacando el duro comenzó á zarrandearlo de un lado á otro, y de arriba á bajo, haciendo graciosas contorsiones y picarecos guiflos.

La madre saludó á Raimundo con una inclinación de cabeza y llamó al muchacho haciéndole señas con lo mano, pero Raimundo le dijo por lo bajo al niño:

—Dile que te quedas á comer conmigo; que venga luego por tí; yo te daré muchos juguetes.

—Cuando la madre entendió estas cosas que le decía su hijo hizo un mohín de disgusto y movió energicamente la cabeza de un lado á otro, amenazando al rapaz con la mano, pero él ante la perspectiva de muchos dulces y juguetes se escabulló entre las piernas de Raimundo y fue á esconderse detrás de un tapiz temeroso de que su madre le arrancase de allí á viva fuerza.

Raimundo sometió al muchacho á un interrogatorio tan hábil como intencionado sobre la conducta de su madre y por labios de aquel angel se ofreció á los ojos de Raimundo uno de esos hogares puros y honrados, donde la virtud embalsama todo con su delicioso aliento, atmósfera tranquila y dulce, nunca turbada por las agitaciones de grandes placeres ni de profundos dolores, y el alma de aquel libertino impedernido se conmovió con sensaciones no sentidas, ante la virtud serena y reposada que por primera vez le mostraba sus deliciosos encantos, desciñendo el velo que los cubia la candorosa mano de un niño.

Cerca de dos horas transcurrieron hasta que se presentó la madre en busca de su hijo y fue preciso que Raimundo recurriera á todos los ardides de su ingenio para obligarla á descansar un momento.

Ella fue rechazando con exquisita delicadeza todas las asechanzas galantes de Raimundo; no le dejó ni la esperanza de visitarla.

—Aquella mujer inflexible se retiró con su hijo sin permitir á Raimundo ni aún los favores de una amistad fría y superficial, pero el niño aprovechaba todas las ocasiones posibles para visitar al señor rico, como él le llamaba, y lentamente fue un lazo de unión entre Raimundo y Elena, que así se llamaba aquella mujer.

—Cierta día, le dijo Raimundo muy seriamente:

—Usted, señora, causa la desgracia de su hijo y le niega un porvenir.

—¡Yo! ¿Como?

—Porque rechaza Ud. mi amor. Si Ud. fuera mi esposa ese muchacho sería rico.

—Amigo mío, respondió Elena, si tuviéramos hijos, ese pobre niño sería mirado en esta casa como un extraño. Yo creo que el amor vale más que el dinero.

—Yo le querría como un hijo.

—Nunca tanto como á los suyos y yo no quiero causar su infelicidad cuando me dedico exclusivamente á labrar su dicha.

Después de estas terminantes palabras Raimundo no volvió á insistir en sus pretensiones amorosas, por más que sus efectos crecieran de día en día sembrando el erial de su vida de risueñas esperanzas y de anhelosos deseos.

Elena no ignoraba que su hijo habia salvado la vida de Raimundo, conocía también los motivos que le habian decidido á poner prematuro fin á su vida y contemplaba con profunda compasión la soledad moral y el hastio de aquel hombre en cuya existencia no habia más flor que la esperanza de un amor imposible.

Cierta día en que Raimundo habia convidado á cenar á Paquito que así se llamaba el niño, llegó su madre á buscarlo cuando estaban ter-